

DIRECTOR

PROF. DR. LUIS S. GRANJEL
*Catedrático de Historia de la Medicina
en la Universidad de Salamanca*

SUBDIRECTOR

PROF. DR. JOSÉ M.^a LÓPEZ PIÑERO
*Catedrático de Historia de la Medicina
en la Universidad de Valencia*

SECRETARIO DE REDACCION

DR. ANTONIO CARRERAS PANCHÓN
*Prof. Adjunto de Historia de la Medicina
en la Universidad de Salamanca*



EDITA

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES E INTERCAMBIO
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CUADERNOS
DE
HISTORIA DE LA MEDICINA
ESPAÑOLA

AÑO XIII
SALAMANCA
1974



ESTUDIOS

FELIPE TRIGO. MEDICINA Y LITERATURA

Estampa biográfica

Felipe Benigno Trigo Sánchez, médico y novelista, nació en Villanueva de la Serena, provincia de Badajoz, el 13 de febrero de 1864; el padre, Felipe Trigo, natural de Montánchez, era de profesión ayudante de Obras Públicas; la madre, Isabel Sánchez, había nacido en Almadén. Su vocación le lleva a cursar estudios de medicina que inicia en Madrid, concluyéndolos a los 23 años, tras haber contraído matrimonio. Los años de estudiante en San Carlos los recuerda en su novela *En la carrera* (1906), convirtiéndolos en experiencias que hace revivir a Esteban Sicilia, protagonista del relato.

El ejercicio profesional de la medicina lo cumple Felipe Trigo en tierras de Extremadura, primero en Trujillanos y más tarde en Valverde de Mérida; de lo que fue aquella etapa de su vida hay pormenorizada historia en la novela *El médico rural* (1912). Unas oposiciones lo liberan de la práctica rural convirtiéndole en médico militar y sirviendo sus nuevos deberes reside en Sevilla y Trubia; su traslado a Filipinas, destino que solicitó, es narrado en *Las evas del Paraíso* (1910). En Filipinas vive los sacrificios y privaciones que impone la campaña militar y todo termina para él

al ser gravemente herido en una sublevación de prisioneros tagalos; con lesiones en un brazo que serán perdurables Felipe Trigo regresa a España convertido en 'el héroe de Fuerte Victoria'; el episodio que le valió tal renombre lo recordó años más tarde en *Las ingenuas*, su primera novela. Devuelto a la vida civil reside en Madrid y tras una fugaz entrega al periodismo político retorna al ejercicio de la medicina, de nuevo en su Extremadura natal, ahora en la ciudad de Mérida; allí tendría lugar, al iniciarse el siglo, la transformación del médico en escritor.

De la vocación literaria de Felipe Trigo hay antecedentes que ahondan hasta los años de estudiante; en Madrid, como recordó en conversación con 'El Caballero Audaz'¹ comparte con la formación médica el quehacer periodístico, y en Sevilla, siendo médico militar, funda el periódico *Sevilla en broma*, versión provinciana de *Madrid Cómico*; también de aquellos años es su ensayo como autor teatral al estrenarle el actor Romea, en el teatro sevillano de San Fernando y con buen éxito, el juguete cómico *El primo de mi mujer*. Unos artículos que publicó en *El Globo* los edita en 1891 reunidos en volumen con el título *Etiología moral*; aquellos textos, en exceso doctrinarios, incluyen la formulación inicial de ideas a las que nunca renunció. En Filipinas ejerció el periodismo como corresponsal desde Mindanao de *El Diario de Manila*; esta actividad le creó dificultades con el general Blanco y termina al silenciarle la autoridad militar. De regreso en Madrid, queda indicado, reanudó su labor como periodista, dedicándose ahora a defender la actuación de los generales que tuvieron mando en Filipinas; sus artículos, que fueron comentados, los reunió Trigo en el folleto *Cuatro generales (Blanco, Primo de Rivera, Polavieja, La chambre)*, impreso en 1897.

Asentado en Mérida, entregado a la práctica de la medicina, la vocación literaria le acucia y con el quehacer profesional alterna la redacción de una novela; la tituló *Las ingenuas*, fue impresa en Mérida y le valió la celebridad. Como novelista consiguió Felipe Trigo un triunfo inmediato y sostenido, cuya explicación hay que buscarla en los temas que desarrolló en sus obras, afines a una realidad social presente tanto en España como en el más ancho mundo de la Europa occidental. De los propósitos que le llevaron a

¹ 'EL CABALLERO AUDAZ': *Lo que sé por mí (Confesiones del Siglo)*; Tercera Serie; pp. 57-88; Madrid, 1922.

escribir como lo hizo se hablará luego con la atención que el problema requiere.

La buena fortuna de sus primeros libros decidieron a Trigo a renunciar al ejercicio médico; abandona Mérida para residir en Madrid y entregarse, plenamente, al quehacer literario. Cuando inicia esta etapa ha sobrepasado la juventud y es dueño de una experiencia, humana y profesional, que iba a reflejarse en su labor de escritor. En Madrid vive Felipe Trigo lo que le resta de existencia, escasamente tres lustros, con sólo dos ausencias dignas de mención: una visita a París y un viaje a la Argentina, que realizó en 1911. Su última residencia madrileña fue 'Villa Luisiana', un chalet de la Ciudad Lineal; en él, así lo recuerda César González Ruano², «vivía como se entendía entonces que era vivir 'a lo artista', pero a lo artista ya situado y famoso, con muchos objetos exóticos, grandes divanes con telas antiguas o raras por encima, armas en las paredes, cuadros modernos y bastantes libros».

La existencia de Felipe Trigo concluye, dramáticamente, con su suicidio en la mañana del 2 de septiembre de 1916. Fue un final no sospechado pues los días que antecedieron al suceso, lo relata Manuel Abril en su biografía del escritor, Trigo comentaba, animado, con amigos y familiares, proyectos editoriales y la fundación de un periódico que se titularía *La Vida*. Buscó Felipe Trigo la muerte cuando había hecho suyo el éxito literario y económico. La razón del suicidio puede encontrarse en su propio temperamento y en las crisis de depresión que periódicamente le acometían: «La obsesión de perder el juicio enloquecía a Trigo», dice hablando de su muerte Manuel Abril³. La neurastenia agudizó en Felipe Trigo dolencias nerviosas que creía eran de gravedad. También le produjo desaliento la Guerra Europea que vino a derrocar ideales por él muy acariciados. Resulta significativo que una criatura suya, el personaje Alvaro Adamar, protagonista de la novela *Si sé por qué*, fechada el mismo año de su muerte, y en clara alusión al conflicto bélico, haga esta confesión que su creador podía ratificar refiriéndola a su propia vida: «No puedo tolerar —dice Alvaro Adamar⁴— el espectáculo de la barbarie huma-

² C. GONZÁLEZ-RUANO: *Mi medio siglo se confiesa a medias*; p. 72; 2.^a edic.; Barcelona, 1957.

³ M. ABRIL: *Felipe Trigo. Exposición y glosa de su vida: Su filosofía, su moral, su arte, su estilo*; p. 81; Madrid, 1917.

⁴ F. TRIGO: *Si sé por qué*; p. 6; Madrid, 1920.

na. Me ahogan de piedad, de piedad, de piedad... las crueldades de la vida; y la neurastenia no es, tal vez, más que... eso; un estado de excitación que nos deja percibir en su exacta verdad horrible el fondo de las cosas. Un estado de clarividencia, de perfección, en que se siente el dolor que nos circunda cual si se tuviese el alma en carne viva. No hay tormento comparable; mas tampoco nada que nos hunda tan sombría y grandiosamente en la mística significación del universo. Si los dioses sufren, deben de sufrir de neurastenia».

Del que fue Felipe Trigo tenemos algunos retratos literarios; Ramón Gómez de la Serna no lo presenta como «hombre del Greco de fiera mirada y de gallardo continente», con 'barba entrecana' y 'ojos de langosta' ⁵. En personaje literario lo convirtieron López de Haro y Hoyos y Vinent, dos escritores que en sus más populares novelas se esforzaron en imitarle.

Con el figurado nombre de Félix Emérito, 'novelista erótico', nos lo presenta Rafael López de Haro en su novela *Entre todas las mujeres*; «hablaba —se nos dice allí de él ⁶— gesticulando finamente; fina la dicción y suave entre los labios finos. Sus manos, lesas en glorioso día, movíanse como si plegara o enredase gasas invisibles. Su barba gris, áspera, y sobre todo, en la nariz aguda los lentes ahumados, de noche, le daban cierto aspecto de ave de rapiña [...]. Los que conocían a Emérico —sigue diciendo de su criatura López de Haro—, leyéndolo recordaban sus ademanes plasmadores, de extraordinario poder imbuente, y creían estarle oyendo a él lo que leían. Y cuando se comprendía la ductilidad, la precisión de su prosa [...] era oyéndole a él mismo leer algún pasaje de sus obras, porque en tal caso la magia de las inflexiones de su voz, la vivacidad de sus ojos, la de sus insinuaciones de modelador de impalpables, eran encarnación visible, y creyérse tangible lo imaginario. Un gran talento el de Emérito, sólo negado por los lerdos de entendederas, por los groseros y los tardos que no podían seguir la agilísima, la veloz marcha de sus ideas».

Menos favorable, más crítica, es la reencarnación que Felipe Trigo alcanza en el mundo novelesco de Hoyos y Vinent; en *Sacerdocio*, y con el nombre de Félix Dalmón, nos lo presenta como

⁵ R. GÓMEZ DE LA SERNA: 'Felipe Trigo'; *Nuevos Retratos Contemporáneos*; *Retratos Completos*; pp. 657-58; Madrid, 1961.

⁶ R. LÓPEZ DE HARO: *Entre todas las mujeres*; pp. 29-30 y 136-37; Madrid, s.f.

hombre «atrozmente pasado de moda con su chaquet ribeteado y su cuello de pajarita incapaz de cubrir el largo pescuezo con costurones de escrófula, recuerdo de una niñez precaria, y su verruga junto al ojo izquierdo» ⁷. En la novela *El remanso*, reciente la muerte trágica del escritor, Hoyos y Vinent convierte a Félix Dalmón en personaje con papel destacado en la trama del relato. «Era Dalmón —así lo retrata en la novela ⁸— un hombre más bien bajo, amarillo y demacrado; tenía el rostro enjuto, casi lívido, comido por ralas barbas amarillentas, iguales en color, aunque menos manchadas de canas que los escasos cabellos que cercaban la gran calva luciente y cuadrada. La nariz era larga y afilada, los dientes muy amarillos y mal colocados y ties nerviosos deformaban a cada instante la expresión del rostro. En él lucían extraños unos ojos muy grandes, muy buenos, de una dulzura casi canina. Sus gestos eran nerviosos, sobre todo en las manos esqueléticas que accionaban sin cesar».

Al retrato del hombre que fue Felipe Trigo añade Hoyos y Vinent en su reencarnación literaria del escritor, atribuyéndolo por tanto a Félix Dalmón, esta referencia a su obra y a los propósitos que le movieron a realizarla: «era un hombre lleno de fervores; amaba a los suyos con ciega adoración y bajo su capa de cosmopolitismo, de aislamiento espiritual, de escepticismo glacial, de internacionalismo y de panteísmo religioso, se le adivinaba un pobre hombre todo henchido de ternura por el hogar creado a fuerza de trabajos, orgulloso del bienestar conquistado, español a machamartillo y católico viejo. Habla de la esposa, de la compañera dulce y buena, con cariño pleno de veneración, de sus hijos con enternecimiento, y de su obra con una falsa seguridad que encubría el miedo de que la misteriosa fuerza creadora que se la inspiraba pudiera cesar» ⁹.

La obra del escritor

Entre 1901, no contando los frutos de los años de aprendizaje literario a los que ya se aludió, y hasta 1916, año de su muerte, transcurre la vida del escritor; tardíamente, ya en la madurez,

⁷ A. DE HOYOS Y VINENT: *Sacerdocio*; p. 85; Madrid, 1931.

⁸ A. DE HOYOS Y VINENT: *El remanso*; pp. 25-26; Madrid, 1920.

⁹ A. DE HOYOS Y VINENT: *Ibid.*; pp. 27-28.

con una experiencia ganada en el ejercicio médico y durante su estancia en Filipinas y un bagaje de lecturas no escaso, Felipe Trigo aborda el quehacer literario y realiza una labor creadora que le deparó todos los beneficios que un escritor puede ambicionar: seguridad económica, lectores abundantes y fieles, discípulos que quisieron copiar sus temas y propósitos. Refiriéndolo a Félix Dalmón así lo cuenta Hoyos y Vinent¹⁰: «De un solo salto había conquistado la gloria con su novela *Las dulces nenas* [léase *Las ingenuas*], una novela de un intenso erotismo, cálido y humano. Las gentes no vieron en ella sino la parte atrevida, las audacias, los desplantes de despreocupación; él mismo, después, siguió la pauta señalada allí y aun escribió tratados de psicología, de filosofía y de fisiología, en que trató de cimentar su escuela. Una legión de discípulos le siguió».

Vida literaria breve fue la de Felipe Trigo, pues comprende poco más de tres lustros, pero es rica en obras: veintidós títulos a los que hay que sumar colaboraciones en las más populares colecciones de novela corta, en *El Cuento Semanal*, *Los Contemporáneos* y *El Libro Popular*; producción que se incrementa con cuatro volúmenes editados tras su muerte y compuestos con originales que dejó inéditos y posiblemente incluyendo escritos no suyos pero dados a conocer con su nombre. La obra literaria de Felipe Trigo se compone, como parte más importante, de quince grandes novelas que tuvieron todas repetidas y copiosas reimpressiones, editadas desde 1901, fecha de aparición de *Las ingenuas* hasta 1916 cuando se editan *Si sé por qué* y *En camisa rosa*, obra esta última ofrecida como parte primera de una serie que iba a rotularse 'Las sonatas del diablo'. Los títulos de las novelas aparecidas entre ambas fechas son, citados por el orden de su entrega al público, *La sed de amar*, *Alma en los labios*, *Del frío al fuego*, *En la carrera*, *La altísima*, *La bruta*, *Sor demonio*, *La clave*, *Las evas del Paraíso*, *El médico rural*, *Los abismos* y *Jarrapellejos*. Los relatos primero aparecidos en colecciones de novela breve los reunió en cuatro volúmenes: *La de los ojos color de uva*, *Las posadas del amor*, *Así paga el diablo* y *El papá de las bellezas*¹¹. Con el

¹⁰ A. DE HOYOS Y VINENT: *Ibid.*; p. 26.

¹¹ Las narraciones recogidas en estos volúmenes son las que siguen: 'La de los ojos color de uva', 'Reveladoras' y 'Lo irreparable' (*La de los ojos color de uva*); 'Las posadas del amor', 'Mi prima me odia', 'Además del frac' y 'Mi media naranja' (*Las posadas del amor*); 'Así paga el diablo',

título de *Cuentos ingenuos* compuso un volumen de narraciones cortas editado en 1910.

Los principios ideológicos que inspiraron la obra novelística de Felipe Trigo, sus criterios estéticos y sus preferencias políticas aparecen explicados en sus libros *Socialismo individualista* (1904), *El amor en la vida y en los libros* (1907) y *Crisis de la civilización. La guerra europea* (1915), obras, sobre todo las dos primeras, de lectura obligada para conocer al escritor y entender los motivos y los fines de su labor literaria. Tras la muerte de Trigo se editaron otros cuatro volúmenes con su firma: *Murió de un beso*, novela que dejó incompleta; *En los andamios*, libro que recoge bocetos de las novelas que publicó y esquemas y apuntes de relatos que no desarrolló; *El semental*, colección de cuatro narraciones¹² y *En mi castillo de luz*, obra que algunos creen no fue escrita por Felipe Trigo.

De las novelas de Trigo la crítica periodística formuló su comentario a la hora de ser publicadas; recordemos, como ejemplo, las crónicas que Gómez de Baquero les dedicó en *La España Moderna* y los artículos de Ramón María Tenreiro en *La Lectura*. A estas valoraciones de urgencia siguieron las más reposadas reproducidas en volúmenes de crítica e historia literaria, así las de Andrés González Blanco, Julio Cejador, Cansinos-Assens y Enrique Díez Canedo; de ellas repetiré aquí lo que considero pertinente para mejor entender la obra novelesca de Felipe Trigo.

González Blanco¹³ le reconoce la primacía de ser el 'gran novelista erótico', y añade, refiriéndose ahora a su estilo: «a veces le falta la sintaxis, mas nunca le falta el sentido»; no es confuso ni oscuro al escribir; es, sigue con su juicio el comentarista que nombro, «simplemente tan humano, que como la misma vida, resulta siempre abrupto, complicado, alternante, variable, contradictorio, ilógico. Y para el diálogo es tan verista, que a trueque de parecer descuidado y desaliñado a los académicos, reproduce siempre que es necesario los defectos gramaticales —de vocablo o de construcción— de la conversación ordinaria».

'A prueba', 'El gran simpático' y 'El moralista' (*Así paga el diablo*) y 'El papá de las bellezas', 'La sombra', 'El naufrago' y 'A todo honor' (*El papá de las bellezas*).

¹² Los relatos reunidos en este volumen son 'El semental', 'El cínico', 'Los invencibles' y 'El sueño de la duquesa'.

¹³ A. GONZÁLEZ BLANCO: *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*; pp. 752-80; Madrid, 1909.

Julio Cejador¹⁴ emite también opinión favorable de la obra literaria de Felipe Trigo quien, así lo afirma, «pensaba y repensaba, tramaba, discutía, perfilaba con mucho estudio y vagar cada una de sus obras. Entregábase a la observación de la realidad. Después, con toda la franqueza, sinceridad y valentía de quien estaba persuadido de la verdad y bondad de su sistema describía el amor y las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, sin veladuras ni miramientos de ningún género». «Hay en Trigo —añade el crítico que se menciona— un grito de la naturaleza bruta que sale por sus fueros, contra la razón de la moral de hoy, que la tiene a raya. Ese grito de la naturaleza quiere llegar a ser una moral social, oficial, admitida por todos». Y tornando a la valoración de lo propiamente literario concluye Julio Cejador: «dentro del arte, dentro de la fuerte expresión de la viva realidad, quedará Trigo para los lectores sensibles a toda belleza estética como uno de los excelentes novelistas, que, dadas sus doctrinas filosóficas, equivocadas o no, supieron aprisionarla entre los hilos de oro de sus novelas».

Cansinos-Assens¹⁵, tras recusar el lenguaje literario de Felipe Trigo busca explicar el éxito, por nadie negado, de sus obras; el triunfo no lo justifica el 'incentivo erótico', dice, pues no son las novelas de Trigo ejemplos de narración galante, amena y sensual, como eran, en la época, las narraciones de Eduardo Zamacois; «la novela de Trigo —opina Cansinos-Assens acertando, creo, en el juicio— es una lectura seria y profunda, algo así como cursos prácticos de psicología y de fisiología»; en sus obras, sigue diciendo, se descubre al médico y en la 'intención sociológica' radica el aliciente de sus creaciones. En las novelas de Felipe Trigo muchas mujeres encontraron plasmadas sus íntimas frustraciones y proclamada la liberación de los prejuicios que las obligaban a desoír las necesidades biológicas de sus vidas. Trigo escribió para las «turbas desheredadas del amor, porque había muchedumbres que sentían la sed de amar, por él interpretada con ardor proudhoniano, con todo el fervor de los apóstoles sociales. Esto explica el éxito de su labor en el público y entre los escritores».

Con su recamada prosa Cansinos-Assens explica de este modo

¹⁴ J. CEJADOR: *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*; XII: 18-33; Madrid, 1920.

¹⁵ R. CANSINOS-ASSENS: *La Nueva Literatura, II. Las escuelas*; pp. 199-206; 2.ª edic.; Madrid, 1925.

la significación social de la obra novelesca de Felipe Trigo: «puede decirse —escribe¹⁶— que en nuestro renacimiento literario [...] simbolizó el más completo frenesí en que todas las formas que tienen una simetría para el acoplamiento se estremecen festivas y ávidas de unirse. No obstante el ambiente moderno de sus obras, un báquico coro de mujeres antiguas, ávidas de vino de amor, le siguen [...]. Este coro de mujeres se oye clamar angustiado en torno al novelista erótico, como en torno a los apóstoles sociales se oye el clamor de las turbas desposeídas. Estas mujeres deformadoras por una ética absurda, presas desde larguísimo siglos en los inquisitoriales cepos de la moral, llenas de hambre y de sed de amor, desgarradas de una avidez estéril por debajo de sus estómagos, son los proletarios de este apóstol de la libertad y de la plenitud en el amor». Si privamos al texto reproducido de su florido ropaje queda en él una certera interpretación de lo que fue la obra literaria de Felipe Trigo, realización, habrá ocasión de confirmarlo, de un programa de transformación social, con petición de mudanzas en convicciones y costumbres aún firmemente arraigadas en la sociedad de su tiempo y de las que era primera víctima la mujer.

Enrique Díez-Canedo coincide con Cansinos-Assens en destacar en la obra de Trigo al sociólogo y reformador sobre el literato; con sus novelas, escribe Díez-Canedo¹⁷, Felipe Trigo «es un formidable idealista que sueña, nada menos, con reformar el orden social de nuestro planeta, desprendiéndolo de trabas y preocupaciones y asentándolo en bases de igualdad y sinceridad», y añade: «sincero fue, indudablemente, Felipe Trigo al creer que, con sus novelas, podría encaminar a cierto número de seres humanos por sendas distintas de las acostumbradas. Sincero, al creer que esas sendas llevaban a un estado de vida superior». Lo mismo, pero refiriéndolo a la encarnación literaria que quiso forjar de Trigo, lo dice Hoyos y Vinent, añadiendo una referencia al fracaso de tal empeño: «Félix Dalmón soñaba otra vida, una vida más individualista, ruda y fuerte que libertase a todos de ajeno yugo. Pero nervioso, imaginativo, apasionado, convertía la idea en utopía, incapaz de forjar de verdad las armas para la defensa, hacíase la ilusión de poseerlas y no contaba con las con-

¹⁶ R. CANSINOS-ASSENS: *Ibid.*; pp. 203-04.

¹⁷ E. Díez-CANEDO: 'Felipe Trigo'; *Conversaciones literarias*; pp. 28-37; Madrid, 1921.

diciones físicas ni morales, con el ambiente, con las costumbres»¹⁸.

Más breves, más contundentes también en sus juicios fueron otros críticos de Felipe Trigo, así *Clarín* que le denunció como «corruptor de menores... y del idioma»¹⁹. Para Pío Baroja Trigo no pasa de ser «un Pérez Escrich de lo erótico, con un estilo confuso, revuelto y turbio»²⁰, y en otro lugar²¹ lo califica de «judío lúbrico y explotador de la libido», lo que supone aproximar su intención literaria a los principios de la doctrina freudiana.

Los historiadores de la literatura española de los últimos años, incomprensiblemente, ignoran el nombre y la obra de Felipe Trigo o limitan su referencia a una escueta mención en ocasiones hasta errónea en los datos. Como excepción hay que recordar el certero juicio que Gonzalo Torrente Ballester formula de Trigo, a quien, dice, «no puede negársele una recia, compleja personalidad», y refiriéndose a su obra añade: «Hay que ver en Felipe Trigo, ante todo, a un médico que está en desacuerdo con su tiempo, y que de ambos factores (la ciencia médica y el desacuerdo) obtiene un modo de considerar la realidad que le lleva a un arte que, con las debidas precauciones, llamaríamos, con expresión moderna, *de ruptura*. Cada novela de Trigo fue —o pretendió ser— como una carga explosiva lanzada contra la sociedad de su tiempo en tanto entidad moral (o inmoral). Aunque limitado a los problemas del sexo, Trigo es un *moralista* (o un *inmoralista*, a la manera gidiana), con cuyo estilo interpolado no podemos hallarnos de acuerdo»²². Luego se confirmará, con sobrados testimonios, la condición social, no primariamente literaria, de la obra novelesca de Felipe Trigo.

De la crítica extranjera hay que destacar la atención con que examinó la obra de Trigo Peseux-Richard en 1913²³. En fecha actual ha estudiado su literatura, sin añadir nada nuevo a lo que

¹⁸ A. DE HOYOS Y VINENT: *El remanso*; pp. 69-70.

¹⁹ Cit. por F. TRIGO: *El amor en la vida y en los libros*; p. 252; Madrid, 1920.

²⁰ P. BAROJA: *Final del siglo XIX y principios del XX; Obras Completas*; VII: 733; Madrid, 1949.

²¹ P. BAROJA: *El escritor según él y según los críticos; Obras Completas*; VII: 409.

²² G. TORRENTE BALLESTER: *Panorama de la Literatura española contemporánea*; I: 131; 2.ª edic.; Madrid, 1961.

²³ H. PESEUX-RICHARD: 'Un romancier espagnol: Felipe Trigo'; *Revue Hispanique*; XXVIII: 317-89; 1913.

de ella se había dicho, Alma Taylor Watkins²⁴; el influjo nietzscheano de Felipe Trigo es objeto de análisis en la obra de Gonzalo Sobejano²⁵.

Manuel Abril, que fue amistad de Felipe Trigo y tras su muerte publicó una semblanza del escritor con un comentario a su literatura²⁶, nos ofrece una clasificación de sus obras que considero válida. Hace en su producción novelesca tres grupos; en el primero reúne las obras en las que Trigo quiso presentar cómo se cumplía en España la relación hombre-mujer y mostrar con el ejemplo de unas vidas imaginadas las nefastas consecuencias de aquel modo de entender el problema sexual (*Las ingenuas*, *La sed de amar*, *La bruta*); en el fingido mundo de estas narraciones, escribe Manuel Abril, «los individuos se debaten aprisionados entre leyes contrarias, sin alcanzar la fuerza necesaria para evadirlas»; sus protagonistas son hombres y mujeres víctimas de los prejuicios sociales. En las novelas del segundo grupo (*La clave*, *La altísima*, *Las posadas del amor*) Felipe Trigo quiere mostrarnos cómo existen seres de excepción que consiguen emanciparse, liberarse de imposiciones sociales y vivir satisfaciendo los impulsos de su naturaleza. En el último grupo se reúnen las novelas en las que su autor muestra una sociedad ideal formada por seres humanos que cumplen las obligaciones que les impone su condición; en *Alma en los labios*, en *Las evas del Paraíso* da vida a criaturas que proclaman con su ejemplo las excelencias de una evolución social y moral que su creador creía necesaria y no consideraba imposible de alcanzar.

Del modo de componer Felipe Trigo sus novelas tenemos un documento de valor en los apuntes y esquemas que después de su muerte se publicaron reunidos en el volumen *Los andamios*; en ellos se comprueba la meticulosidad, ya aludida por Cejador, con que obraba en la ejecución de sus empeños literarios; todo era previsto y buscaba ordenarlo: desde el título y el propósito hasta el argumento en todos sus detalles, su parcelación en escenas o capítulos y el pergeño y condición de los protagonistas y los personajes secundarios.

Sobre el estilo y el lenguaje los comentaristas y críticos de

²⁴ A. TAYLOR WATKINS: *Eroticism in the novels of Felipe Trigo*; New York, 1954.

²⁵ G. SOBEJANO: *Nietzsche en España*; pp. 228-42; Madrid, 1967.

²⁶ M. ABRIL: *Op. cit.*; pp. 235-36.

Felipe Trigo han emitido opinión diversa, siendo mayoría los que formularon juicio negativo; recuérdese la frase sarcástica de *Clarín* presentando a Trigo como 'corruptor del idioma' y la referencia de Baroja a su estilo 'confuso, revuelto y turbio'; de escritor 'oscuro' lo califica Cejador y Díez-Canedo habla de su 'estilo lleno de fórmulas, fácilmente parodiables'. Felipe Trigo, y en más de una ocasión, dio respuesta a quienes le reprochaban su modo de escribir. En la conferencia que leyó en el Ateneo madrileño en 1907 contestó a sus críticos con estas palabras: «yo no estimo la corrección en el lenguaje literario; porque en el lenguaje literario debe estar totalmente subordinada la palabra a la idea», y añadió, buscando dar precisión a su credo estético: «el único molde, el único guía, la única lógica inflexible de mi estilo, he querido que sea *la lógica de mi pensamiento y de mi emotividad*»²⁷. Años más tarde, en el prólogo que encabeza su novela póstuma *Murió de un beso*, repite: «en el lenguaje literario debe estar subordinada la palabra a la idea»²⁸. Con frecuencia Felipe Trigo, siervo ahora de la moda, acepta y copia las fórmulas del modernismo y las usa sin fortuna, lo que ha favorecido el rápido envejecimiento de sus obras; como opina, acertando, Torrente Ballester, «escritas de otra manera... quizá las novelas de Trigo pudieran ser buenas novelas. Hoy, con la mejor voluntad, nos parecen de ardua lectura»²⁹.

Literatura y Medicina

El médico que fue Felipe Trigo no olvidó su formación universitaria y las experiencias que le deparó el ejercicio profesional al consagrarse al quehacer literario; la presencia del médico en la obra del escritor se evidencia en la elaboración de las convicciones que sostuvo y en sus preocupaciones sociales; también su vida de médico fue objeto de tratamiento literario y esto último es lo que ahora he de confirmar.

No es infrecuente hallar médicos entre las criaturas a las que dio vida Felipe Trigo para poblar el mundo de sus novelas. *En la*

²⁷ F. TRIGO: *El amor en la vida y en los libros*; pp. 270 y 273.

²⁸ F. TRIGO: 'Mi literatura (Autodefensa)'; en *Murió de un beso*; p. 10; Madrid, 1930.

²⁹ G. TORRENTE BALLESTER: *Op. cit.*; p. 131.

carrera, donde rehace su vida de estudiante, el propio autor reencarna en su protagonista, Esteban Sicilia, y de lo que pretendió que fuese el relato, cabeza de una serie de ficciones sólo en parte realizada, habla el siguiente testimonio suyo: «Esta novela *En la carrera* será (sin necesidad de hacerlo constar en la cubierta) como la primera parte de *El médico rural*. No olvidar [...] de modo alguno iniciar el proceso de *desilusiones* en esta novela (primera de la serie) con el magnífico proceso desolado de su crisis sentimental [la del protagonista y por tanto la del propio autor] resuelta por un ansia religiosa y un final desastre [...]. Será, sin discusión, lo más hermoso y humano del libro, que resumirá mi impresión en Trujillanos, Valverde y Mérida y madrileña inclusive y la última de la trilogía será el médico de Campomanes (*Cura de amor*) [...]. Para ello no necesitan ni título común siquiera. Basta que el personaje de las tres obras sea el mismo. —Una cuarta parte, y la más interesante, será *El médico militar* (la novela en Filipinas— dando una emoción completamente personal de la guerra y de nuestra mala colonización)»³⁰. La confidencia resulta interesante pues confirma el carácter autobiográfico de dos novelas suyas y descubre las que proyectó como partes de un propósito más ambicioso en el que Trigo esperaba reelaborar literariamente su entera vida de médico completándola con recuerdos de su experiencia colonial.

Aquel propósito, que no llegó a cumplir en su totalidad, tuvo realidad en *El médico rural* (1912), novela a la que alude el texto citado, y de modo fragmentario está presente en otras narraciones suyas, así en *Los abismos*, novela fechada en 1913, en *Jarrapellejos*, del siguiente año, y con anterioridad en el relato 'El gran simpático' que publicó *El Cuento Semanal* en 1908. *El médico rural* es continuación de *En la carrera* y su carácter autobiográfico es incuestionable; en la obra rehace su vida de médico en tierras de Extremadura: «Toda la novela de mis observaciones en Trujillanos, Valverde y Mérida», escribe Trigo en *Los andamios*³¹.

El personaje médico cuya experiencia de profesional se narra en *El médico rural* es Esteban Sicilia, el protagonista de *En la carrera*, que sigue siendo reencarnación literaria de su creador. Esteban Sicilia, como en fecha anterior Felipe Trigo, cumple su

³⁰ F. TRIGO: *En los andamios*; p. 214; Madrid, s.f.

³¹ F. TRIGO: *Ibid.*; p. 245.

quehacer de médico en localidades extremeñas que se describen en la novela con los nombres figurados de Palomas y Castellar. De cuantos elementos utilizó Trigo en la redacción de *El médico rural* el propiamente profesional es el más importante y lo constituye la transcripción de sus personales experiencias, el relato de casos clínicos con los que tuvo que enfrentarse, la angustiosa vivencia que le deparó, al iniciar la práctica de la medicina, la insuficiencia de sus conocimientos, con la inseguridad ante el diagnóstico y el recelo con que eran acogidas sus prescripciones terapéuticas, la pugna contra la envidia del compañero y la incultura de enfermos y familiares.

La historia del médico Esteban Sicilia, narrada por Felipe Trigo, incluye, era obligado, escenas de su trato con otros profesionales lugareños y también con médicos a quienes su saber, la fortuna o la audacia había colocado en más alto plano social; entre ellos se cuentan el doctor Lázaro Aspreaga, Alvarez Molino, el doctor Peña y el doctor Pérez Rendón, contrafiguras, cabe suponerlo, de galenos con existencia real con los que Felipe Trigo debió trabar relación en sus años de médico en ejercicio. Cuando Esteban Sicilia marcha a Castellar, mejorando su suerte, para ocupar su plaza de médico, recibe este bien intencionado consejo: si aspira a conquistar clientela, no ha de fiarlo todo a su saber y a la pericia en la práctica; ha de rodear la utilización de sus conocimientos con 'algo de novelaría'; le confía su interlocutor a Esteban Sicilia: «Castellar es novelero. Empaque y rotunda afirmación... El despacho debe deslumbrar a la gente en las consultas. Sus antecesores lo tenían lleno de ojos reventados, de láminas con destrozos anatómicos, de cosas de hospital... y además de títulos y de un instrumental complicadísimo»³². Sicilia en Castellar hace sus visitas callejeras con aire solemne apoyándose en el simbólico bastón, no en vano percibe por consulta diez reales y si el enfermo no habita en la localidad cinco duros.

Otra novela que recoge el recuerdo de su estancia en Extremadura es *Jarrapellejos*, fechada en 1914 y en mi opinión la mejor lograda de las obras de Felipe Trigo; bien distinta en argumento y propósito del resto de su literatura, es fruto de la observación directa de una realidad social que su profesión de médico le ayudó a conocer. Cuando proyectaba su redacción escribió Trigo esta

³² F. TRIGO: *El médico rural*; p. 129; Madrid, 1921.

nota fijando en ella lo que quería fuese el libro: «la trama, la intención, no será más que un pretexto. El objeto principal de la novela habrá de constituirlo la exposición de la miseria de un pueblo, y por reflejo, de toda España, en todos sus aspectos sociales. Su miseria moral, su miseria intelectual, su miseria política, y como consecuencia de todas, su miseria orgánica»³³. La novela se publicó con una dedicatoria a Melquíades Alvarez, el político que por aquellos años representaba los afanes regeneradores de un amplio sector de la intelectualidad española; en su ofrecimiento Felipe Trigo se define como 'hombre que escribe', renunciando a los títulos de 'artista' y 'novelista', que deja, añade, «para los del castillo de marfil». En *Jarrapellejos* se describe la vida de la España rural con criterio 'noventayochista', presentándola como símbolo de «la triste y burguesa España del Cid y del garbanzo de Castilla que íbase muriendo sobre el hambre de los pobres y la grama de los campos».

El sexo como problema

Felipe Trigo novelista vivió empeñado en la realización de una empresa de fines no propiamente literarios; la novela fue para él vehículo que utilizó por creerlo idóneo para difundir un credo de redención social. Hablar de él servirá para hacer inteligibles sus más leídas obras.

En la vida de su tiempo y en la sociedad a la que él mismo pertenecía Trigo descubre una inadecuación del hombre y más acusada aún en la mujer a su destino biológico y esta tradición la considera origen de todas las peores desdichas que el ser humano puede sufrir. La necesidad sexual insatisfecha provoca desequilibrios orgánicos y psíquicos y es motivadora de infelicidad. Felipe Trigo denunció el mal y quiso acudir a su remedio; pretendió enseñar a vivir a hombres y mujeres de acuerdo con la realidad de su condición humana. El propósito se inserta en un movimiento ideológico hoy bien estudiado; corresponde al proceso de preocupación por lo sexual que se inicia en Europa en las décadas finales de la pasada centuria y tuvo como portavoces autorizados a filósofos como Schopenhauer y Otto Weininger, ensayistas como Wagner y

³³ F. TRIGO: *En los andamios*; p. 169.

biólogos, médicos y sociólogos como Albert Moll, Kraft-Ebbing, Paolo Mantegazza y Havelock-Ellis. El psicoanálisis freudiano, por las mismas fechas, explica el imperio de los impulsos sexuales sobre la conducta. Cuando en España cobra auge esta literatura sexológica³⁴ Felipe Trigo compone y publica sus primeras novelas y esta coincidencia favorece su difusión y explica el éxito de lectores que tienen pues llegan a una sociedad sensibilizada ante el problema que aquellas narraciones plantean y buscan resolver.

La intención que anima a Felipe Trigo en su quehacer literario está ya presente en la trama de su primera novela, *Las ingenuas*, y expresamente anunciada en el prólogo que la encabeza, auténtica formulación programática de lo que iba a ser su labor de escritor. Frente a quienes realizan una obra literaria ajena a la realidad en que viven inmersos hombres y mujeres y los que, por el contrario, atienden sólo en sus obras a la condición biológica del ser humano, Felipe Trigo busca hacer suya una vía intermedia que abarque ambas tendencias en una visión integradora de lo que todo hombre o mujer es; «yo —escribe³⁵— puesto a defender honradas tesis sociológicas y recordando algo a Spencer entre los pensadores y a Sudermann entre los literatos, defendería la divinización de la naturaleza. La deificación de la materia por la inteligencia [...]. El cielo bajando a la tierra con su azul. Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada». En carta a Julio Cejador Felipe Trigo reitera este propósito; dice en ella³⁶:

«En el prólogo de *Las ingenuas* escribí esta frase como lema de todas mis ideales visiones de porvenir: Venus con el místico resplandor de la Concepción Inmaculada. En *La sed de amar* escribí: El término de la civilización será el retorno a un salvajismo sin barbarie. Ambas cosas, que parece que no tienen conexión una con otra, son idénticas. En efecto, Venus, la griega, y la de hoy, que continúa desnuda debajo de sus ropas, son unas salvajes que habían de ennoblecerse por la divina inteligencia. El *salvajismo intelectuado*, por cuyas fases vamos pasando en la penosa marcha de los siglos, será la fórmula de verdad y de armonía en donde se

³⁴ L. S. GRANJEL: 'El sexo como problema en la España contemporánea'; *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*; XIII: 111-31. (1974).

³⁵ F. TRIGO: *Las ingenuas*; prólogo; I: 9; Madrid, 1930.

³⁶ J. CEJADOR: *Op. cit.*; XII: 22-23.

encuentren al fin el hombre primitivo y el hombre-dios. Manando esta duplicidad humana, que llegará a unidad, el sabio y el bruto, el místico y el sensual se han perpetuado paralelamente por la Historia. Cerrar los ojos ante la histórica tenacidad de esta brutalidad humana en la misma civilización, para no considerarla esencialmente propia del humano ser, con todo derecho como su intelectualidad y su misticismo, sería insensato. Yo la he recogido en mi filosofía y en mis novelas a guisa de trascendental elemento antitético, con el cual amasada la suprema intelectualidad, dará por resultado la única y gran síntesis de todas las civilizaciones futuras».

En el texto que se incluye como prólogo a su novela *Murió de un beso*, publicada tras su muerte, repite Felipe Trigo esta interpretación suya de la sexualidad con su imperio sobre el comportamiento humano: «Mis novelas están consagradas [...] a la doble tarea de estudiar, unas la pasión, con el intento de intelectualizarla y volverla amor, para aborrecerla después de demostrar su irreductibilidad de tal cosa morbosa con la inteligencia sana, como en *Las ingenuas* y en *La sed de amar*; otras a estudiar el verdadero amor entre verdaderos inteligentes, para convencerme de su posibilidad antropológica y para adorarlo en *Alma en los labios*, en *Del frío al fuego*, en *La altísima* y en *Murió de un beso*»³⁷.

Los esquemas argumentales de sus novelas atestiguan la firmeza con que Felipe Trigo se atuvo a su propósito primero; la fidelidad con que sirvió al programa de redención humana que se trazó para su quehacer de escritor. En *Las ingenuas* quiere probar, con la imaginaria existencia de unos personajes, cómo traicionar los impulsos sexuales es error que se paga con fracasos y dolores; en la novela que menciono Luciano y Flora, sus protagonistas, lo confirman ante el lector con la infelicidad que se adueña de sus vidas. Convertido en portavoz de las ideas de quien lo creó y teniendo presente la peripecia erótica de su existencia, razona de este modo Luciano al reflexionar sobre lo que es la mujer española, una 'ingenua' que la vida se encarga de convertir en 'desengañada'; son las de su tiempo mujeres que sólo se liberarán cuando consigan independizarse económicamente, sustrayéndose a la tutela del varón; el 'instinto de libertad' que aflora en las que son todavía

³⁷ F. TRIGO: 'Mi literatura (Autodefensa)'; *Murió de un beso*; pp. 56-57.

'ingenuas', añade el personaje que nos habla, «significa el origen de una revolución formidable y fatal que, según los temperamentos, realizan los diferentes países: Inglaterra, Australia y Norteamérica más dignamente, con sus doctoras en las universidades; media Europa, por el figurín de París, con la perfidia de la *Maud*, bajando las mujeres a nuestro propio terreno de desvergüenza a aceptarnos la batalla»³⁸.

Lo que se busca, y Felipe Trigo cree está próximo a conseguir la humanidad, es un diferente modo de plantear y vivirse la relación hombre-mujer; afirma, haciéndoselo decir a su criatura: «Esta y no otra es la labor de la civilización: diferenciar las relaciones sexuales (no valdría si no gran cosa la inteligencia) del modo repugnante con que entre los brutos se determinan, y del modo mercantil, además de brutal, que se realizan hoy»³⁹. En una novela de fecha posterior, *Las evas del Paraíso* (1910), este ideal de vida lo finge Trigo realidad alcanzada y la existencia que en aquel figurado mundo llevan unas criaturas cuyas muestra el fruto de felicidad que este ideal permitirá conseguir.

La conversión del problema sexual en cuestión central de la existencia humana, realizada por Felipe Trigo, se patentiza en toda su obra de escritor; unos pocos ejemplos, seleccionados entre cuantos podría mencionar, confirmarán cómo repite, y con machacona insistencia, el programa ya desplegado en la trama argumental de *Las ingenuas*. En su novela *La sed de amar*, subtitulada, significativamente, 'Educación sexual', se narra la que quiere ser, en la intención del autor, ejemplificante historia amorosa de dos miembros de la burguesía, Jorge y Lola, desde el despertar sexual en su adolescencia hasta los años de madurez, protagonizando, uno y otra, distintas experiencias eróticas que descubren al lector, tal es la pretensión del relato, las consecuencias nefastas de una inexistente o mejor errónea educación sexual. El testimonio que con sus vidas ofrecen Jorge y Lola se concreta en afirmaciones y parlamentos donde se explica cómo la 'sed de amar', insatisfecha o mal saciada, conduce a una sociedad pervertida en la que los hombres quedan presos de la lujuria y las mujeres, tras el desencanto, son víctimas sin defensas para el desequilibrio nervioso e incluso la enfermedad orgánica.

³⁸ F. TRIGO: *Las ingenuas*; II: 187.

³⁹ F. TRIGO: *Ibid.*; II: 196.

El drama individual que este desoír las necesidades de su condición humana impone en sus vidas a Jorge y Lola, los protagonistas de *La sed de amar*, lo repite Felipe Trigo con el argumento de *La bruta*, novela fechada en 1907, que narra el fracaso sexual de Aurea Ferrant, y lo mismo puede afirmarse del esquema argumental de *La clave*, novela que reitera, en cierto modo, la trama de *Las ingenuas*. En los relatos citados, como en la totalidad de la obra literaria de Felipe Trigo, el amor, entendido como necesidad biológica y sentimental que hay que satisfacer, es elevado a la categoría de 'clave' de la existencia humana. Lo sexual, es conclusión a que nos lleva Trigo, es, en el vivir del hombre, impulso primario que no puede ignorarse y menos violentar en su curso. Convirtiéndole en portavoz de su pensamiento, Felipe Trigo le hace decir a Esteban Sicilia: «La Naturaleza tiene instintos, impulsiones que en vano quiere contrariar la social sandez, y que lo mismo y a través de obstáculos llega a su término por la gentil ignorancia de la vida que por la diabólica sapienza de la vida»⁴⁰. Doctrina idéntica, aunque expuesta con distintas palabras, es la que formula el psicoanálisis freudiano.

Sostener tal convicción explica el modo reiterado con que Felipe Trigo denuncia, en el imaginario mundo de sus novelas, la manera de llegar hombres y mujeres al conocimiento de la sexualidad; el erróneo 'descubrimiento' del amor, y con frecuencia superior a lo que pudiera suponerse, conduce, opina Trigo, a la mujer a la frigidez y el desequilibrio nervioso como última consecuencia y al hombre a una elemental y brutal manera de entender su encuentro con la mujer. Son especialmente valiosas, casi poseen la condición de documentos clínicos, las descripciones de iniciación sexual que Felipe Trigo narra en algunas de sus novelas, así la que incluye en *Reveladoras*, relato breve publicado en 1907 en 'El Cuento Semanal', y la que hace vivir a Antonio Sabater, protagonista de su novela *En camisa rosa*. En su novela póstuma e inacabada *Murió de un beso*, Trigo incluye largos parlamentos en los que hace cálida defensa de un modo nuevo de entender y vivir la sexualidad; denuncia, una vez más, a los que pretenden anularla por la represión y a quienes la degradan a baja lujuria; lo que así se convierte en 'vileza y grosería', quiere Felipe Trigo transmutarlo en 'éxtasis espiritual y placer de los sentidos'.

⁴⁰ F. TRIGO: *En la carrera*; p. 281; Madrid, 1930.

Misión social de la novela

Queda mostrado, con ayuda de algunos ejemplos y testimonios tomados de su obra literaria, cómo las novelas de Felipe Trigo, con la única excepción de las que rehacen su vida de médico, son elaboraciones de un único tema, el que plantea en la vida humana su condición sexuada. Para acabar de comprender el significado de su labor como escritor es preciso hacer un examen más atento de esa misión social, reformadora, que Trigo confiere a sus novelas.

En más de una ocasión Felipe Trigo expuso los principios ideológicos que le animaban en su quehacer literario. De sus propósitos habla, lo dije ya, en el prólogo de *Las ingenuas* y años después amplía aquella primera explicación en su conferencia del Ateneo de Madrid que tituló 'La impotencia de la crítica ante la importancia de lo emocional en la novela', reproducida con otros textos aclaratorios del tema en ella tratado en el volumen *El amor en la vida y en los libros. Mi ética y mi estética*. También es de lectura obligada la 'autodefensa' que se ofrece como prólogo de su novela póstuma *Murió de un beso*. La exposición de sus preferencias políticas la hizo Trigo en su libro *Socialismo individualista* (1904) y en la obra, de fecha posterior, *Crisis de la civilización. La guerra europea*.

Pieza fundamental para entender lo que la novela fue para Felipe Trigo es la conferencia, que acabo de nombrar, leída en el Ateneo madrileño en 1907; en ella el escritor contesta a una crítica que le era adversa pues sólo supo ver en su obras el ingrediente erótico, sin alcanzar a descubrir su intención reformadora de costumbres. El médico que nunca dejó de ser Trigo se perfila en su definición del novelista, al que concibe como un biólogo, por lo que atribuye cualidad científica a sus creaciones; puede ser científica la novela, afirma⁴¹, «porque había una parte de la Biología, la más importante, que estaba negada para la ciencia por una ardua cuestión de procedimiento; que estaba reservada intacta, por lo mismo, para la novela. Esa parte de la Biología, o de su rama la Antropología, la forma todo lo que se refiere al *ser emocional*», precisamente la dimensión de la realidad humana, conviene apuntarlo, puesta al descubierto y analizada por el psicoanálisis freudiano.

41 F. TRIGO: *El amor en la vida y en los libros*; p. 234.

Al novelista, opina Felipe Trigo, compete investigar lo que del hombre no pueden conocer con sus técnicas fisiólogos y psicólogos. «El novelista —escribe⁴²— desde antiguo, contemplaba la vida como espectáculo, la observaba y la reproducía. Hoy, además, la observa como fenómeno y la experimenta. Crea tipos biológicos, cuidando de dotarlos con todos los caracteres de la vida, tipos, en una palabra, de experimentación, y los pone en función vital y sigue en ellos, sin perder el hilo de la lógica (que en la simple observación de la realidad se perdería), el proceso científico de las pasiones y afectos». Se postula, para la novela, una subordinación de lo literario a lo científico; es taxativa, a este respecto, la opinión de Felipe Trigo, para quien 'lo esencial en la novela' es «crear buenos tipos de experimentación y analizarlos con tino», y esto, añade, «tiene más que ver con la pura reflexión que con el arte, cuya misión, en cierto modo secundaria, se reduce a procedimiento guiador del análisis en el experimento. Por tal razón, el arte, aun siendo el poderoso talismán que le da extensión social al libro novelesco superior a la del libro científico, no es en el libro novelesco moderno lo fundamental»⁴³.

A esta convicción suya, con tanta claridad expuesta, fue Trigo siempre fiel en su quehacer de novelista. Haciendo ahora referencia a su propia vida de escritor recuerda su apartamiento de los ambientes literarios «hasta bien después de la edad de los juveniles entusiasmos»; conoció y aprendió lo que más tarde llevó a sus libros en la experiencia que la vida le deparó y por lecturas, y esta preparación le hizo adoptar una actitud ecléctica aliada a un difuso panteísmo. Quiso mejorar la sociedad a que pertenecía y enseñar a vivir a hombres y mujeres de su tiempo, y para conseguir este ambicioso propósito eligió el vehículo que la creación literaria le ofrecía; «yo llegué a la novela —escribe Felipe Trigo⁴⁴—, como biólogo porque la novela estaba en condiciones de aceptarme como tal: llegué sabiendo que iba a ser un inclasificable con algo de todas las escuelas y rechazado, afortunadamente, de todas las escuelas».

En la última declaración que hizo Trigo sobre su obra se ratifica en esta relación que él señala entre literatura y biología. Dice ahora, radicalizando incluso su pensamiento: «La Anatomía y la

42 F. TRIGO: *Ibid.*; pp. 234 y 241.

43 F. TRIGO: *Ibid.*; p. 242.

44 F. TRIGO: *Ibid.*; p. 260.

Fisiología y la Patología, que sólo pueden estudiar la vida en la muerte o en la paralización y segmentación, son menos ciencias de la vida que la novela moderna, que la ha recogido y la observa y la experimenta a la vez en libertad absoluta... Toda una vida, todo un amor, no pueden reproducirse en el austero gabinete del psicólogo, ni cabrían debajo de su análisis sistemático y severo. En cambio, pueden reproducirse y caben bajo la amplia observación de una novela»⁴⁵. Y la novela para Trigo fue siempre esto, o quiso serlo: experiencia vital, indagación en las motivaciones de la conducta humana y a la vez procedimiento para influenciar sobre lo que hay de erróneo en el modo de vivir de hombres y mujeres: «Yo no escribo para cerebros —dijo⁴⁶—, sino para todo el cuerpo, cerebro inclusive».

La finalidad de la obra literaria de Felipe Trigo, queda dicho y reiterado, es social, reformadora; se la inspira la propia realidad que busca transformar; una manifestación del existir comunitario referida al modo de vivirse la relación hombre-mujer es el tema único de sus relatos; «yo represento —declara Trigo⁴⁷—, querría representar, la perfecta, la absoluta armonización del emocionalismo con el intelectualismo, de la bestia con el ángel, sin mutilaciones, ni siquiera predominancias, de la una sobre el otro; y creo además haber traído una noción completamente nueva a la novela: el 'amor'; el amor proclamado en la amplia dignidad que nunca ha tenido ni en la novela ni en el mundo».

Para Felipe Trigo, como también mostró el psicoanálisis, lo sexual, en la vida humana, es algo más que medio que salva la perennidad de la especie. Sólo en el reconocimiento y satisfacción de sus necesidades sexuales el ser humano, varón o hembra, alcanzará la plenitud de su personal existencia, conseguirá el equilibrio vital que le proteja del desasosiego y a la postre de la frustración y la infelicidad. Tajantes, inequívocas, son las afirmaciones que formula Felipe Trigo; reproduciré dos de ellas. Dice la primera: «Los instintos, desde los menos complicados a los más altos, no tienen en su esfera de impulsión otra finalidad que el placer... todo lo demás son orgánicas consecuencias independientes de ellos mismos»⁴⁸. Más adelante añade, aludiendo ahora, concretamente,

⁴⁵ F. TRIGO: 'Mi literatura (Autodefensa)'; *Murió de un beso*; p. 40.

⁴⁶ F. TRIGO: *Ibid.*; p. 48.

⁴⁷ F. TRIGO: *Ibid.*; pp. 55-56.

⁴⁸ F. TRIGO: *El amor en la vida y en los libros*; pp. 69 y 71

al impulso sexual: «De las funciones vitales, ninguna como la sexual de profunda y resonante en todo el organismo...; si la respiración es propia de los pulmones, la digestión del estómago y la intelectualidad del cerebro, la sexualidad es la suprema función de todos los órganos reunidos, es decir, *de la vida entera*. El pulmón, el corazón, cada fibra, en fin, orgánica, está sacudida por la sexualidad. Cada inmortal verso de un poeta no es más que el pálido recuerdo de una hora suya sexual. Acaso no costara gran pena también demostrar que es lo mismo cada invento de mecánica y cada problema algebraico»⁴⁹. La identificación aquí de las ideas de Trigo con la doctrina freudiana es total.

La producción novelesca de Felipe Trigo, orientada al logro de una concreta finalidad social, no literaria, se apoya en una muy personal convicción ideológica que es momento de conocer. De sus preferencias doctrinales hizo Trigo detallada exposición en su libro *Socialismo individualista*, que subtítulo 'Índice para su estudio antropológico'; años después retornó al tema en su obra, ya mencionada también, *Crisis de la civilización. La guerra europea*.

Felipe Trigo empezó interesándose por los problemas inmediatos que España tenía planteados en los años finales de la pasada centuria; conocedor directo de la realidad colonial y el papel representado por militares y políticos en el conflicto bélico, emprendió, a su regreso de Filipinas, antes se indicó, una campaña favorable a la actuación de los generales que tuvieron mando en aquella colonia. El desastre de 1898 suscitó en él una reacción similar a la que protagonizaron los escritores noventayochistas coetáneos suyos; en el artículo 'Viejos y nuevos' publicado en *El Nacional* de Madrid el 15 de octubre de 1898, hace Trigo denuncia de la 'patriotería' que condujo a la derrota militar y pide para salvar el futuro de España la acción política de un 'grande hombre' capaz de instaurar «una dictadura intelectual».

Iniciada la vida de escritor, dominado ahora por otros afanes, Felipe Trigo deriva en sus preocupaciones ideológicas a la programación de una reforma en la convivencia de la que se ha dicho ya lo que era pertinente. El núcleo doctrinal de su ideario lo definió como socialista, 'socialismo individualista' es su rótulo, y tenía razón al calificarlo de individualista, pues no se identifica con el socialismo defendido por quienes realmente se podían conside-

⁴⁹ F. TRIGO: *Ibid.*; pp. 118-19.

rar portavoces de tal doctrina político-social. Lo definió también como 'socialismo antropológico' y le atribuye capacidad para «conciliar todos los intereses de la comunidad con toda la 'libertad natural' del individuo»⁵⁰. «Mi socialismo —dijo en otro lugar⁵¹— es tal, que no se aviene, hoy por hoy, con el de nadie».

En la parte primera de su libro *Socialismo individualista* Trigo analiza los fundamentos de la doctrina socialista y las transformaciones que su triunfo ocasionaría en las formas de vida. Para Felipe Trigo el socialismo, 'su socialismo', es, diríase, una imposición tanto histórica como biológica; «el socialismo —escribe⁵²— no es una teoría ni un sistema político cuya implantación depende del número de sus adeptos, sino un conjunto de fenómenos sociales forjados lentamente por las leyes económicas y por las leyes biológicas, igual que son forjados los fenómenos cósmicos por las leyes físicas». A esta convicción política, poco afín a los programas difundidos en su tiempo, se suma una postura creencial, era de esperar tampoco fiel a dogmas; citando a Spencer se califica de creyente en «una suerte de confuso y tranquilo panteísmo», alejado por igual del fanatismo y del ateísmo, pues «si todos los fanatismos proceden del miedo a lo ignorado, todos los ateísmos proceden de la insensatez»⁵³.

Era inevitable que aquella creencia suya en la perfectibilidad posible del ser humano, su fe en la plenitud que puede conferir al hombre la aceptación de los impulsos primarios de la naturaleza, se quebrase, provocando confusión y angustia, ante el espectáculo que le fue dado contemplar desde los iniciales episodios de la guerra que se abatió sobre Europa en el verano de 1914. En Felipe Trigo provocó el suceso una auténtica catástrofe íntima al destruir convicciones que suponía inquebrantables; ecos de lo que entonces vivió se traslucen en las páginas de su libro *Crisis de la civilización. La guerra europea*, fechado en Madrid a 24 de enero de 1915. No es aventurado sospechar que tales vivencias, aliadas a flaquezas de su temperamento, agravaron su perturbación nerviosa y acabaron por conducir al suicidio, en pleno triunfo literario, al hombre que siempre quiso hablar, recuérdese su frase, 'en nombre de la vida'.

50 F. TRIGO: *Socialismo individualista*; p. 5; Madrid, s.f.

51 F. TRIGO: *El amor en la vida y en los libros*; p. 7.

52 F. TRIGO: *Socialismo individualista*; p. 221.

53 F. TRIGO: *Ibid.*; p. 220.